





LAS FUENTES  
DE LA PROVIDENCIA  
(PROVIDENCE SPRINGS)



Jesús Valentín García

LAS FUENTES  
DE LA PROVIDENCIA  
(PROVIDENCE SPRINGS)



Primera edición: marzo 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Valentín García

ISBN: 978-84-17784-10-2

ISBN digital: 978-84-17784-11-9

Depósito legal: M-3404-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Teresa y Carmen*





## Capítulo 1.

### El hombre gris

Se volvió con rapidez al escuchar el relincho. La mano acarició el revólver en un gesto inconsciente e instintivo, mecánico; una maniobra tan natural para él como el respirar, y de igual modo responsable de mantenerlo con vida, pues fueron muchas las veces que aquel movimiento lo había salvado de una muerte cierta. Al ver que el sonido procedía de un viejo caballo que se resistía a los intentos de monta de su dueño, un anciano granjero llamado Sam, conocido por su facilidad para emborracharse cada sábado y su dificultad para montar aquel jamelgo enclenque y desgarrado, relajó su mano diestra. En las últimas semanas, Kit Grey se había mostrado algo más nervioso que de costumbre, y empezaba a preguntarse si la comodidad que había reinado esos últimos años su vida estaría haciendo mella en su sentido vigilante, tanto tiempo aplacado y que ahora se volvía demasiado agudo, inopinadamente fino, exagerado quizá por el miedo a los que vinieran y a uno propio; el de no estar a la altura después de tanto tiempo de inactividad.

En sentido estricto nadie habría podido llamar a lo suyo inactividad, pues hacía más de cinco años que Kit Grey era el *sheriff* de Liberty y en todo ese tiempo había detenido y encarcelado a decenas de tipos, resuelto reyertas y disputas y establecido el orden en aquella pequeña ciudad del Condado de Gage, Nebraska, próxima a la frontera con Kansas. Cierto era también que en esos años había tenido que lidiar con varios tipos de cuidado, pistoleros del



vecino estado que entraban a disfrutar del alcohol a este lado de la frontera, ya que en el otro estaba prohibida su venta y, aunque nunca fue tal prohibición motivo en Kansas para no emborracharse en algún garito sordo a la voz de la legalidad, algunos cruzaban la línea del estado para hacerlo, y de paso sucumbían a la tentación de alborotar todo lo posible y, dado el caso, profanar, allanar o sustraer más de lo deseable. Pero para Kit Grey todo aquello no pasó nunca de un mero ejercicio, un juego de niños grandes a los que tenía que meter en cintura ocasionalmente. En el tiempo que llevaba de *sheriff* solo tuvo que hacer frente a dos peligros de consideración. Uno fue hace ya casi tres años, cuando descubrió tres caballos marcados por el ejército en la entrada del salón. Resultó que sus jinetes eran desertores reconvertidos en asaltantes; mala gente que habían llegado hasta Liberty procedentes de Kansas, donde habían desvalijado a un tendero, al que después habían disparado y matado, llevándose la caja y algunas armas. Obviamente, eso no lo sabía Kit Grey cuando entró en el salón acompañado de Runty, uno de sus ayudantes, alertado de la gresca que el grupo estaba montando en el local. Sin embargo, Grey por aquel entonces aún mantenía intacto ese instinto que le permitía oler a distancia los problemas y se adentró muy atento en el establecimiento. Tras una charla breve, que empezó burlona y socarrona y fue tornándose a amenazante, los ánimos de los forasteros empezaron a calentarse y uno de ellos se atrevió a desenfundar su revólver. Grey no tuvo dificultad alguna, no solo en superar la rapidez de su movimiento, sino de anticiparse a la acción de los dos restantes. La cosa acabó con los tres forasteros en el suelo ante la atónita mirada de Runty, a quien ni siquiera le dio tiempo a alzar su arma. Aquel día, Grey se encumbró como guardián de Liberty. Desde su nombramiento había corrido en Liberty el rumor de que su *sheriff* era hombre de gatillo rápido y entrenado, pero hasta entonces nadie había podido constatar esa habladuría. A partir de aquel día sus habitantes durmieron con la seguridad que le daba la creencia de que no había hombre como su *sheriff* en el manejo de las armas.

El segundo altercado de consideración había ocurrido hacía unas semanas y era el motivo de la actual intranquilidad de Grey, pues esperaba algún acto de represalia venido de alguna parte del norte.

Dirigió sus pasos a su oficina y se sentó en la silla tras la pequeña mesa de roble, limpia de papel y polvo. Se quitó el sombrero y lo alojó sobre ella, a su izquierda, mientras abría el cajón de su derecha y sacaba una pequeña botella de *whisky* de la que bebió un trago a morro para después guardarla de nuevo.

El día que el hombre que ahora se situaba tras la mesa del *sheriff* quiso ser Kit Grey no pudo elegir mejor su nombre. Kit Grey era un hombre al que el color, si alguna vez lo tuvo, abandonó hacía mucho tiempo, era hombre de blancos y negros y, a lo sumo, de grises. En su existencia apenas dejó espacio para los sentimientos que colorean la vida de las personas —amor, cariño, afecto, comprensión...— y los que le visitaban con frecuencia presagiaban oscuridad —soledad, hermetismo, silencio...—, teniendo el odio y la venganza un lugar destacado en su pasado. Ni siquiera la idea de justicia se encontraba enraizada en su mente, a pesar de ser su supuesto agente. Para él, el oficio de *sheriff* era uno que le daba de comer, para el cual se encontraba suficientemente capacitado y que le suministraba una comodidad nunca antes disfrutada. Se limitaba a hacer lo que esperaban de él sin más.

Sin embargo, la comodidad que había ganado con su puesto empezaba a reñirse con su condición de ser huraño, y tan asumido tenía esa, su condición, que recientemente había pensado en abandonar Liberty aun a costa de perder ese confort, pues había notado que empezaba a encariñarse con algunos de los vecinos del pueblo, sobre todo con Runty, su ayudante, un muchacho jovial y simpático, a quien había conocido siendo aún adolescente, que se esforzaba en caerle en gracia a su jefe a pesar de que recibiera con frecuencia múltiples desaires por su parte. Eran desdenes fingidos e impuestos, pues, como se dijo, a Grey empezaba a crecerle algo parecido al afecto que se obstinaba en arrinconar. Por eso

su idea de abandonar Liberty y el oficio de *sheriff*, porque en su condición de hombre gris, proclamada en su propio nombre quizá a conciencia para recordársela, no quería dar cabida a tal tipo de sentimientos.

Pero no era momento de escapar, no cuando veía cernirse sobre el pueblo una amenaza cierta, pues paradójicamente a lo expuesto, el alma gris de Kit retenía un halo de algo parecido a una extraña mezcla de honor caduco, absurdo valor, aversión a la cobardía y cierta y arbitraria voluntad de socorro que le impedía marcharse en esos momentos, en los que suponía sería visitado irremediablemente por uno de los fantasmas de su pasado, uno que escapó vivo en ese entonces y más recientemente. No, no era el juramento hecho al hacerse con el cargo, ni su sentido de la justicia y el deber, era otra cosa la que le impedía coger su caballo y marcharse lejos; ese algo con lo que creció y que supo mantener enquistado dentro de su mente.

La tarde era calurosa y Grey se recostó en su silla obligándose a echar una cabezada para demostrarse a sí mismo que no estaba tan nervioso, que podía tener el suficiente aplomo como para dormirse en aquellas circunstancias. Al cabo de unos minutos lo consiguió, durmió lo justo para que un sueño fugaz y repetido, el de unos ojos azules e inertes, lo despertara a la par de un fino clic escuchado: el del pestillo de la puerta que lentamente se abría. Echó de nuevo la mano a su revólver, pero a medio camino deshizo el movimiento al ver asomarse a Net, el segundo de sus ayudantes, por la puerta.

—¿Cómo va la tarde? —le preguntó al entrar.

—Aburrida, ¿has visto al viejo Sam?

—Sí, se ha emborrachado como de costumbre, Corinne ha tenido que echarlo del salón, estaba empeñado en orinarse en la barra —comentó riéndose.

—Ese Sam cada vez está peor, cualquier día nos lo encontramos en el camino a su casa con la cabeza abierta, más le valdría a ese inútil quedarse allí, en su casa, con su mujer, y atender mejor su granja.

—Oh, vamos, no te metas con el viejo Sam. Se pasa toda la semana criando cerdos y cuidando su parcela. A sus años no está de más que se distraiga de vez en cuando. Además hoy tenía perdón, empieza el hombre a no poder controlar sus orines. Y nunca se mete en mayores líos, salvo aquel día, ¿te acuerdas? —preguntó con sorna—, aquel que le dio por querer pegarse con Tiny Preston. El bueno de Tiny lo tumbó bocabajo sobre sus rodillas y le propinó una buena azotaina, y al rato, cuando estaba ya descuidado, va el viejo y le parte una silla en la cabeza —soltó una carcajada.

—Sí, lo recuerdo, aquel día tuvimos que encerrarlo toda la noche.

—Por su bien, si Tiny llega a cogerlo... menos mal que tú hablaste con él al día siguiente.

—Sí, me costó convencerle de que no le iba a merecer la pena tomarse la justicia por su mano.

—Sí —dijo Net antes de que el silencio reinara largamente sobre la oficina.

Al caer la tarde, Grey marchó hacia el hotel donde vivía dejando a Net a cargo del puesto toda la noche. Comió algo en el rincón del comedor que había hecho suyo y, tras un buen cigarro regado con unas copas de coñac, subió a su habitación. Se tumbó en la cama sin desvestirse, puso el revólver bajo su almohada —como todas las noches desde que tenía uso de razón— y de nuevo se obligó a dormir.

Al día siguiente Kit Grey tuvo una visita, aunque no fue la temida. Se trataba del juez Constance, que llegó a media mañana procedente de Beatrice. Theodore Constance era un hombre entrado en años, enjuto y serio, de modales severos, educado en la más estricta obediencia a las leyes y el orden, del que era ferviente seguidor. No obstante, como todo servidor de la ley amparado en el voto del pueblo, era proclive a contentar a la masa que hacía posible el desempeño de su labor, que en su consideración debía ejercerse de modo siempre eficaz y a veces eficiente, por lo cual se cuidaba mucho de

no dejar asunto alguno al aire sino convenientemente atado y bien atado, como solía decir. Llegó a lomos de su caballo, negro como su atuendo, cubiertos ambos por el fino polvo que en el verano se asienta en caminos y calles. Desmontó y entró al puesto del *sheriff* sacudiéndose aquellos residuos de los caminos, propiciando de ese modo una espontánea bruma que tardó en esclarecerse.

—Buenos días, Kit —saludó al *sheriff* que permaneció sentado en su silla, tocándose la sien como único signo de consideración a la persona que entraba.

—Buenos días, juez Constance, no le hacía por venir.

—Ha surgido un asunto para el que necesito de tu concurso —le dijo.

Fue entonces cuando Grey se levantó y se acercó al juez. Constance era un hombre bajo, con un bigote cano moldeado en sus puntas, las cuales se curvaban hacia arriba como un par de pinceles, manteniendo como estos, cuando están bien cuidados, una forma inalterable y perfecta. El resto de su cara estaba impecablemente rasurada, dando una impresión de higiene, afianzada por el corte de su cabello y únicamente estropeada a consecuencia de aquel polvo que se había sacudido. El juez miraba al *sheriff* a los ojos mientras se le acercaba, y siguió manteniéndole su mirada hasta que lo tuvo a escasos centímetros.

—Usted dirá... —dijo Grey.

El juez tardó en hablar, quizá estuvo en ese tiempo indeciso, meditando una última vez la conveniencia de implicar a Grey en el asunto que lo traía. A sus oídos había llegado la noticia de lo ocurrido semanas antes y se debatía entre alejarlo o retenerlo en Liberty, ciertamente no sabía qué decisión sería la adecuada, pero las circunstancias, otras, le urgían. La necesidad era manifiesta, no tenía otra opción, así que terminó por deponer sus dudas y pasar a lo que debía.

—Verás, Kit, me ha llegado un asunto feo, muy feo; un asesinato, en Providence Springs: una muchacha, una niña más bien,

quince años, algo retrasada al parecer, algo como puedes comprobar muy desagradable.

—¿Y? —escrutó Grey.

—Verás, como sabes, Providence Springs es un pueblo pequeño, demasiado pequeño, unos veinte habitantes, algunos granjeros más, y un rancho cercano, unas cuarenta personas como mucho.

—¿Y?

—Pues que en ese pueblo no hay *sheriff*. Tuvieron uno, hace algún tiempo, pero al parecer los vecinos decidieron que no lo necesitaban y el hombre se marchó.

—¿Y?

—¡Puñetas, Kit!, que ha habido un asesinato y hay que detener al asesino, eso es.

—¿Y quiere que vaya yo a detenerle? —preguntó Grey.

—No, primero quiero que averigües quién lo ha hecho, y luego que lo detengas y me lo traigas.

—Yo no soy el *sheriff* de Providence Springs, soy el *sheriff* de Liberty, me pagan por mantener el orden en esta ciudad, solo de esta, además no tengo ninguna autoridad allí —adujo Grey en un tono casi agravante por indiferente.

—Tendrás autoridad allí si yo te la doy, y para eso he venido, necesito que vayas allí, no tengo a nadie más a quien recurrir, tengo a casi todos mis hombres tras la banda de los Perkins —replicó Constance visiblemente enojado.

Quedado ya expuesto el asunto que había traído al juez a Liberty, se instaló un silencio tras la mención de la temida banda que asolaba el norte de Kansas y el sur del estado de Nebraska. Aunque se habían dicho pocas palabras, las mentes de ambos hombres contenían pensamientos confinados que resultaban suposibles al entendimiento del otro.

Por un lado, Constance sumaba a la veracidad de lo expuesto un deseo de alejar a Grey de Liberty en los próximos días. Siempre desconfió secretamente del pasado del hombre que se le situaba delante tan arrogantemente. Aun cuando fue el propio alcalde de

Liberty quien avaló su nombramiento, nunca le gustó Grey, o más bien, siempre receló de él, pues nunca supo quién era realmente, de dónde vino, qué hizo en el pasado, y todo eso le causaba desconfianza. Sabía que en aquellos tiempos eran muchos los que dejaban atrás un pasado de pistolero y bandidaje para enrolarse al lado de las filas de la Ley y el Orden. Se hacía la vista gorda o se le indultaba incluso por sus actos pretéritos, pues esta circunstancia se hacía doblemente eficaz para el mantenimiento de la legalidad: se ponía fuera de la circulación a hombres peligrosos y se dotaba al estado de manos hábiles con el revólver. Theodore Constance siempre pensó que Kit Grey arrastraba un pasado turbio en ese aspecto, aunque jamás consiguió la menor prueba de ello. Acaso también desconfiaba el juez del relato del *sberiff* sobre lo ocurrido semanas atrás, pero independientemente de eso, lo importante para él en esos momentos era mantenerlo alejado de Liberty, fuera del peligro cierto que podría ocurrir en los días próximos. Por más que pareciera tener controlada la situación, lo mejor era que desapareciera. En todo el tiempo que Grey había desempeñado el cargo de *sberiff* de Liberty, un sitio difícil por su localización fronteriza, no había tenido ningún tipo de quejas, incluso al contrario, la gente del pueblo parecía encantada con su trabajo. Pero ahora, tras lo ocurrido recientemente, su permanencia en el pueblo podría llevar aparejado un cierto peligro para los habitantes de la localidad. Sí, lo mejor era que desapareciera de allí, y más aún, que se supiera en los alrededores que el *sberiff* Grey andaba enredado en un asunto lejos de Liberty.

Por otro lado, Grey sospechaba eso mismo, que el juego del juez no era otro sino, efectivamente, el de alejarlo del pueblo, justo ahora, cuando el peligro parecía cernirse sobre sus vecinos. Eso le desagradaba, no por el hecho en sí de dejarlos a merced del contratiempo que pudiera surgir, sino por la mera circunstancia de lo que pudiera parecer una huida ante un efecto de cuya causa era responsable. Podría ser visto como un cobarde, y eso era de las pocas cosas que no podía aceptar, no por su reputación, pues se había

cuidado mucho de guardar su pasado en un cajón y se encontraba meditando renunciar a su presente, sino por pura convicción, una de las pocas convicciones que aún le quedaban a sus casi cuarenta años. Además, el acatar órdenes nunca fue de su agrado, por lo que intentaba siempre escabullirse en ese sentido.

Al fin fue el *sheriff* quien habló:

—Si vais tras los Perkins quizá este sea el mejor sitio para encontrarlos.

—Te equivocas; huyen hacia el noroeste, mis últimas noticias son que la partida que los sigue ha pasado cerca de Aurora y llegado ya al Platte, parece que siguen río arriba. Tenemos vigilados los sitios de paso al otro margen, he telegrafiado al *sheriff* de Hastings y al juez Morgan de Lincoln que han formado otras dos partidas. La cosa se les pone fea, ya casi los tenemos.

—De peores han salido —respondió Grey.

—Esta vez te aseguro que los cogeremos —afirmó el juez con decisión.

—Eso habrá que verlo.

—En cualquier caso, te necesito en Providence Springs, como ves, no tengo otra opción más que la de enviarte a esclarecer ese feo asunto. No será necesario que vaya alguien contigo, confío en que podrás solucionarlo tú solo. Net y Runtty se quedarán aquí en Liberty para lo que se presente, que espero no sea demasiado. El caso de esa muchacha no debe ser muy complicado, Providence es un pueblo pequeño y seguro que puedes encontrar al desgraciado que la mató, en poco tiempo. Allí deben conocerse todos demasiado bien, supongo que podrás sonsacar la verdad a cualquiera de los vecinos, en las comunidades pequeñas todo se sabe.

—O todo se esconde —apostilló el *sheriff*.

—Pues entonces seguro que tú sabrás encontrar. Partes mañana —le dijo el juez a Grey sin dejarle mostrar oposición alguna por su parte, con la firmeza propia de lo que aquellas palabras constituían: una orden.



Salió sin más el juez del puesto y montó su caballo dirección al norte, dejando a Grey en mitad de una indecisión: no sabía si aceptar aquel encargo o mandarlo todo al infierno, coger su caballo e irse lejos; abandonar todo aquello. Se sentó de nuevo tras la mesa, otra vez abrió el cajón para sacar la botella y tomó un trago largo de licor.

—¡Qué diablos!, ¡Habría que agarrar a ese malnacido! —murmuró para sí.